

LOS HERMANOS NEGROS

2º-3º

En un lugar escondido y montañoso de Styria (Austria), había, en tiempos pasados, un valle de lo más sorprendente por su gran fertilidad. Estaba rodeado por todos lados de montañas altas y rocosas que se elevaban en nevados picos de nieves perennes y de las cuales descendían un número de torrentes formando cataratas. Una de estas cataratas caía al oeste sobre un alto escarpado y, cuando el sol ya se había puesto para el mundo en derredor, sumiéndolo en oscuridad, sus rayos todavía brillaban intensamente en esta cascada haciéndola ver como una cascada de oro. Consecuentemente, la gente de los alrededores le llamaba El Río Dorado.

Era extraño que ninguno de estos arroyos cayera al valle. Todos descendían al otro lado de las montañas y serpenteaban a lo lejos por anchas llanuras y ciudades populosas. Pero las nubes eran llevadas constantemente a los picos nevados, y descansaban tan suavemente en círculo sobre el valle que en tiempo de sequía o de calor, cuando todos los campos en su derredor estaban resecos, todavía había lluvia en el vallecito y sus cosechas eran abundantes y sus pastizales altos y sus manzanas tan rojas, sus uvas tan azules, su vino tan rico y su miel tan dulce, que constituía una verdadera maravilla para todo aquel que lo veía, y se le llamaba comúnmente el Valle del Tesoro.

Todo el valle pertenecía a tres hermanos, llamados Schwartz, Hans y Gluck. Schwartz y Hans eran hombres muy feos de cejas abultadas y ojitos pequeños, carentes de brillo, casi siempre entrecerrados de modo que no podía uno ver en ellos, sino que siempre se imaginaba uno que ellos veían muy dentro de uno. Vivían trabajando el Valle del Tesoro, y eran muy buenos agricultores. Mataban todo lo que no les dejaba dinero. Mataron los cuervos porque picaban las frutas; envenenaron los grillos porque se comían las migas en la cocina; ahogaron a las chicharras que solían cantar todo el verano en los limoneros. Exigían mucho a sus sirvientes sin pagarles salario, hasta que ya no podían trabajar más; después reñían con ellos y los despedían sin pagarles.

Hubiera sido muy extraño que con una granja tal y un sistema tal de trabajo no se hubieran hecho muy ricos; y muy ricos se hicieron. Conseguían, por lo general, quedarse con el maíz hasta que éste estaba caro, logrando venderlo al doble de su precio; tenían oro amontonado por el piso, pero nunca se supo que hubieran regalado un sólo centavo, ni un mendrugo de pan a los pobres. Nunca iban a la iglesia, y pagaban sus impuestos a regañadientes. En una palabra, eran de un temperamento cruel y explosivo; esto motivó que quienes los trataban les dieran el sobrenombre de los "*Hermanos Negros*"

El hermano menor, Gluck, era completamente el opuesto, tanto en aspecto como en carácter. Tenía apenas 12 años, rubio, de ojos azules y bondadoso con todos los seres vivientes. No estaba de acuerdo con sus hermanos o, mejor dicho, ellos no estaban de acuerdo con él. Generalmente, se le asignaba la honorable tarea de dar vueltas al asador cuando había algo que asar, lo cual no era muy a menudo, ya que en honor a la verdad, sus hermanos eran casi tan frugales como esperaban que los demás lo fueran. Se encargaba también de lustrar el calzado, asear los pisos y hasta de lavar los platos, comiendo ocasionalmente las sobras que en éstos encontraba. Como retribución recibía gran cantidad de azotes que hacían las veces de educación.

Así se sucedieron las cosas durante largo tiempo. Llegó por fin un verano lluvioso y todo se descompuso en la campiña y los alrededores. Apenas si habían segado el forraje cuando las inundaciones lo acarrearón hasta el mar, antes de que pudiera almacenarse. Los viñedos se destrozaron por el granizo; al maíz, lo mató una plaga negra. Únicamente en el Valle del Tesoro las condiciones eran favorables, ya que había lluvia cuando ésta escaseaba en otros lugares, y sol cuando nadie lo tenía. Acudieron todos los vecinos a comprar maíz y se fueron echando maldiciones contra los hermanos negros, quienes pedían lo que se les antojaba por él, obteniendo el precio pedido debido a la gran necesidad. Los pobres sólo podían mendigar, y varios murieron en las puertas de su granja sin que los hermanos Negros hicieran el menor caso.

Se aproximaba el helado invierno, cuando un día los hermanos mayores tuvieron que salir, no sin antes reconvenir a Gluck de que cuidara bien del asado y que no le permitiera la entrada a nadie, ni diera caridad a nadie.

Llovía a cántaros, y Gluck se sentó muy cerca del fuego, ya que las paredes de la cocina estaban húmedas y poco confortables. Conforme daba vueltas y más vueltas al asador, la carne fue adquiriendo un rico tono dorado.

-*"Qué lástima", pensaba Gluck, "que mis hermanos nunca inviten a nadie a cenar". Estoy seguro de que teniendo un buen trozo de carnero como éste, les haría bien invitar a alguien a que lo disfrutara con ellos ya que hay tantas personas que no tienen ni un mendrugo de pan duro que cenar"*.

Cuando así pensaba, escuchó que alguien llamaba a la puerta insistentemente, aunque de modo pesado, como si el aldabón hubiera estado atado. Era como si una violenta ráfaga de viento hubiera levantado el aldabón.

-*"Debe ser el viento"* dijo Gluck, *"nadie más se atrevería a llamar así a nuestra puerta"*.

No, no era el viento, puesto que volvió a oír que alguien llamaba como si tuviera prisa y sin temor a las consecuencias. Gluck se acercó a la ventana, la abrió y asomó la cabeza para ver quién tocaba.

Era el caballero más extraordinario que jamás sus ojos vieran. Tenía una larga nariz de color semejante al latón; sus mejillas muy redondas y tan rojas, que inclusive hacían suponer que hubiera estado soplando un fogón durante las últimas cuarenta y ocho horas; sus ojos brillaban alegremente bordeados de largas y sedosas pestañas; sus bigotes se rizaban dos veces como un sacacorchos a cada lado de su boca, y el pelo, que parecía una curiosa mezcla de sal y pimienta, le caía hasta los hombros. Tendría como un metro cuarenta centímetros de estatura y usaba un sombrero puntiagudo, casi tan alto como su poseedor, decorado con una pluma negra de casi un metro de largo. Su jubón se extendía por detrás en dos largas colas como de golondrina, aunque no se le veía bien por estar envuelto en una enorme capa negra muy lustrosa que le hubiera quedado demasiado larga si no hiciera aire, ya que el viento que corría silbando desde la esquina de la casa, hacía que la capa se elevara desde los hombros de su dueño hasta como tres metros de altura.

Gluck se quedó paralizado por la apariencia singular del visitante, e incapaz de pronunciar palabra hasta que el caballero, después de haber ejecutado otro concierto en el aldabón, se volvió a ver su flotante capa. Al volverse pudo distinguir la rubia cabeza que asomaba a la ventana con ojos y boca abiertos por el asombro.

-*"Hola", dijo el caballero, "esa no es forma de contestar la puerta; estoy mojado, permíteme entrar"*.

Para decir verdad, sí estaba mojado el caballero. La pluma del sombrero colgaba entre sus piernas como la cola de un perrito regañado y chorreaba como si fuera un paraguas; de las puntas de los bigotes chorreaba agua en los bolsillos de su jubón, y de los bolsillos volvía a salir Agua como si fuera un arroyo.

-*"Le pido mil perdones, señor"*, dijo Gluck, *"lo siento muchísimo, pero no puedo abrirle"*.

-*"¿Por qué no puedes?"*

-*"Porque mis hermanos casi me matarían a golpes si lo dejara entrar. ¿Qué es lo que desea, señor?"*

-*"¿Qué es lo que deseo?",* respondió petulantemente el viejo caballero, *"deseo fuego y donde guarecerme; tú tienes un buen fuego encendido, que baila, crepita y da calor sin que nadie lo disfrute. Déjame pasar aunque sólo sea para calentarme un poco"*.

Gluck había estado asomado a la ventana tanto tiempo que sabía que hacía un frío desconsolador. Cuando se retiró de la ventana y vio el fuego crepitando alegremente, con enormes lenguas rojizas subiendo por la chimenea, como si se relamiera anticipadamente del rico sabor de la pierna de carnero que se asaba en él, se le hizo a Gluck cargo de conciencia dejar al pobre viejo mojado fuera de la casa.

-*"Realmente está muy mojado"*, se dijo Gluck, *"le permitiré entrar solamente un cuarto de hora"*. Corrió a abrir la puerta; y al entrar el viejo caballero entró una ráfaga de viento que sacudió hasta las mismas chimeneas.

-*"Qué bueno que me dejaste pasar"*, dijo el hombrecillo *"No te preocupes por tus hermanos que yo hablaré con ellos"*

-*"Por favor señor, no haga usted eso"*, dijo Gluck. *"No puedo permitirle quedarse hasta que ellos regresen; le aseguro que casi me matarían"*.

-*"Siento oír eso"*, replicó el visitante, *"entonces, ¿cuánto tiempo puedo quedarme?"*

-*"Solamente hasta que esté listo el asado de carnero"*, respondió Gluck, *"y ya está bien dorado"*.

Entonces el visitante se acercó al fuego.

-*"Pronto estará usted seco, señor"*, dijo Gluck, conforme volvía a dar vueltas al asado. Pero el viejo caballero nada que se secaba, sino que escurría agua sobre las mismas brasas hasta que el fuego empezaba a extinguirse. ¡Y la capa! ¡Jamás hubo algo semejante! Cada pliegue parecía un canal.

-*"Perdonando la molestia, señor"*, dijo Gluck, observando que el agua corría reluciente como mercurio por todo el piso, *"¿no quisiera quitarse la capa?"*

-*"No, gracias"*.

-*"¿Tampoco su sombrero?"*

-*"Estoy bien así, gracias"*.

-*"Lo siento mucho, pero es que está usted haciendo que se apague el fuego"*.

-*"Así tardará más tiempo en asarse la carne"*, contestó secamente el visitante.

Gluck no sabía qué pensar del comportamiento de su visitante; tenía una mezcla increíble de humildad y superioridad. Continuó dando vueltas al asador durante otros cinco

minutos.

-*"Qué bien se ve esa pierna de carnero"*, dijo el viejo caballero, *"¿No me puedes dar un poquito?"*

-*"Imposible, señor"*.

-*"Es que tengo mucha hambre. No he comido nada ni ayer ni hoy. Estoy seguro que tus hermanos no extrañarían una rebanadita"*.

Hablaba con tal acento de melancolía que Gluck no pudo resistir.

-*"Me han prometido a mí una rebanada hoy, señor. Se la daré con mucho gusto, pero no podré darle nada más"*.

-*"Eres un buen chico"*, dijo el visitante.

Entonces Gluck se puso a calentar un plato y a afilar el cuchillo. *"No me importa si me pegan por hacer esto"*, pensó. Apenas acababa de cortar una buena tajada del carnero, cuando se oyó que golpeaban fuertemente a la puerta. El viejo caballero se apartó de la lumbre como si de repente ésta se hubiera vuelto demasiado caliente para él. Gluck trató de acomodar la rebanada de carne nuevamente en su lugar y corrió a abrir la puerta.

-*"¿Por qué nos hiciste esperar en la lluvia?"* dijo Schwartz, conforme entraba y tirando el paraguas en la cara de Gluck.

-*"¡Ay! ¿Por qué nos hiciste esperar, pequeño vagabundo?"* dijo Hans dándole un golpe sobre la oreja y disponiéndose a seguir a su hermano a la cocina.

-*"¿Pero, qué es esto?"* dijo Schwartz cuando abrió la puerta.

-*"Buenas noches"*, dijo el pequeño caballero, quien, quitándose el sombrero, hacía una inclinación con una rapidez increíble.

-*"¿Quién es éste?"* dijo Schwartz tomando el rodillo y volviéndose contra Gluck con furia.

-*"En realidad no lo sé, hermano"*, dijo Gluck aterrorizado.

-*"Entonces cómo entró?"* gritó Schwartz.

-*"Querido hermano"*, dijo Gluck, *"es que estaba tan mojado"...*

El rodillo descendía ya sobre la cabeza de Gluck; pero de inmediato el viejo caballero interpuso la punta de su sombrero cónico golpeándolo tan fuerte que sacudió agua en todas direcciones. Y lo más raro aún fue que en cuanto el rodillo hizo contacto con el sombrero, éste salió disparado como si se tratara de una paja en un fuerte viento y fue a caer al rincón más apartado de la habitación.

-*"¿Quién es usted señor?"* exigía Schwartz, volteándose contra él.

-*"¿Cuál es su negocio?"* gruñó Hans.

-*"Soy un pobre viejo, señores"*, comenzó a decir el visitante muy modestamente. *"Vi el fuego por la ventana y he pedido que se me permitiera entrar por un cuarto de hora"*.

-*"Tenga la amabilidad de irse ya"*, dijo Schwartz. *"Tenemos ya bastante agua en nuestra cocina, sin necesidad de que se anegue por completo"*.

-*"Hace mucho frío para echar fuera a un viejo, señor. Mire mi pelo gris"*. Que como ya sabemos, le llegaba hasta los hombros.

-*"Lo veo"*, dijo Hans. *"Tiene suficiente pelo para cubrirse del frío con sus cabellos"*.

-*"Además, tengo muchísima hambre, señores; ¿no pudieran darme algo de comer antes de irme?"*

"¡Comida en verdad!" dijo Schwartz. *"¿Me imagino que no ha de suponerse usted que no tenemos algo mejor que hacer con nuestra comida que obsequiársela a personas de nariz enrojecida como usted?"*

"¿Por qué no vende su pluma del sombrero?" dijo Hans burlesco. *"Salga de aquí".*

"Solamente una probadita" dijo el viejo caballero.

"¡Salga de aquí!" rugió Schwartz.

"Por favor, señores".

"¡Largo de aquí!" dijo Schwartz agarrándolo por el cuello. Pero apenas tocó al viejo caballero por el cuello, cuando salió dando volteretas por el aire en seguimiento del rodillo, yendo a caer sobre éste. Con esto, se enfureció Hans y corrió a sacar por la fuerza al visitante, pero apenas lo había tocado cuando salió disparado dando volteretas cayéndose sobre Schwartz y el rodillo y golpeándose la cabeza en la caída, quedando amontonados en el rincón.

Entonces el viejo caballero se revolvió con mucha rapidez en dirección opuesta; continuó girando sobre sí mismo, hasta que su larga capa lo envolvió por completo y calzándose el sombrero de lado (pues si se lo hubiera puesto derecho hubiera salido por el techo) se retorció los bigotes y dijo con toda tranquilidad:

"Caballeros, os deseo una feliz mañana. A las doce de la noche os volveré a visitar. Después de haberme rehusado toda hospitalidad como acabáis de hacer, no os sorprenderá que ésa sea la última visita que os haga".

"Si vuelvo a sorprenderos por aquí", murmuró Schwartz, saliendo medio asustado del rincón; pero antes de que pudiera terminar de hablar, el visitante había cerrado la puerta tras de sí con estrépito. Al mismo instante cruzó por la ventana una nube en forma de corona que se revolvía y corría por todo el valle cobrando distintas formas, volteándose una y otra vez en el aire hasta desaparecer entre la lluvia.

"Muy bonito, Gluck, ¡Muy bonito!" dijo Schwartz. *"Sírvenos la pierna del carnero. Si alguna vez vuelves a repetir algo semejante... ¡Válgame! ¡La carne ha sido cortada!"*

"Acuérdense que ustedes me prometieron una rebanada, hermano", dijo Gluck.

"Y te la servías calentita? ¿Y de la parte más doradita? Pasará mucho tiempo antes de que te prometa algo parecido. Sal del cuarto inmediatamente. Esperarás en el sótano hasta que te llame".

Gluck salió tristemente de la cocina. Sus hermanos comieron tanto carnero como pudieron, encerraron lo que sobró bajo llave, y se empezaron a emborrachar después de haber cenado.

¡Era una noche terrible! El viento soplaba y silbaba mientras que llovía a cántaros. Schwartz y Hans aseguraron las ventanas y echaron doble cerrojo en la puerta. Después se fueron a acostar. Por lo general, dormían en la misma habitación. Cuando daban las doce campanadas de la media noche, se despertaron por un estruendo terrible. Se había abierto la puerta de su habitación con tanta fuerza que había sacudido toda la casa.

"¿Qué fue eso?" dijo Schwartz enderezándose en la cama.

"Nada más soy yo" dijo el viejo caballero.

Los hermanos se sentaron en la cama, tratando de ver en la oscuridad. La habitación estaba llena de agua, y a la luz de la luna distinguieron a media pieza un globo de espuma dando vueltas y cabeceando en el agua como un corcho, sobre el cual, recostado como en un cojín de plumas, estaba el viejo caballero con todo y su sombrero. Ahora sí había espacio suficiente para su sombrero, pues el techo había volado por los aires.

La palabra del Señor Viento Sur-Oeste era tan buena como su firma. Después de la última visita ya relatada, ya no existía el Valle del Tesoro; y lo que era peor, tenía tanta influencia con sus parientes, los vientos del Oeste, y la usaba tan bien, que todos ellos adoptaron una conducta similar. Ya nunca llovía en el valle de un año al otro. Aunque todo reverdecía en los valles vecinos, la herencia de los tres hermanos era un desierto. Lo que una vez había sido la tierra más fértil de todo el reino, no era sino arenas. Siendo imposible usar ese desierto para nada, los tres hermanos abandonaron su patrimonio desesperados y se fueron a buscar fortuna, o cuando menos a ganarse la vida en las ciudades. Ya no les quedaba nada de dinero; con lo único que contaban era con unas cuantas piezas de oro después de haber tenido una fortuna mal habida.

"Qué tal si nos dedicamos a la orfebrería en oro?" dijo Schwartz a Hans al llegar a una gran ciudad. *"Es un buen oficio para sinvergüenzas, ya que podremos mezclar gran cantidad de cobre con el oro sin que nadie se dé cuenta".*

A Hans se le hizo muy buena la idea. Alquilaron un horno y se pusieron a trabajar el oro. Sin embargo, había dos circunstancias que afectaron su nuevo oficio: la primera, que a los clientes no les gustó el oro revuelto con el cobre, y la segunda, que en cuanto los hermanos mayores lograban vender algo, dejaban al pequeño Gluck a que cuidara del horno y ellos se iban a emborrachar a la cantina gastándose todo el dinero de la venta. Derritieron todo su oro sin que nunca tuvieran dinero para comprar más, hasta que al fin les quedó solo una copa de oro que un tío le había regalado a Gluck. Gluck estaba muy encariñado con el único objeto de valor que había poseído y no hubiera querido deshacerse de su copa, aunque nunca había bebido sino agua y leche en ella. La copa en sí era muy rara. Tenía una asa como corona formada por cabellos dorados, tan finamente trabajados que más parecían de seda que de metal; estos cabellos delicados, bajaban y se confundían con una barba y unos bigotes ejecutados con la misma exquisitez de trabajo que el pelo que rodeaba y decoraba una fiera carita, hecha del oro más rojo imaginable, precisamente en el frente de la copa, y con unos ojos que parecían dominar toda la circunferencia. Era imposible beber de la copa sin que dejara uno de ver la mirada intensa de uno de esos ojos. Schwartz aseguraba que después de haberse bebido diecisiete copas llenas de vino del Rhin, había visto que le guiñaba el ojo! Cuando le llegó el turno a la copa de ser fundida y transformada en cucharas, por poco se le rompe el corazón al pequeño Gluck, pero sus hermanos sólo se burlaron de él y arrojaron la copa en la cruceta para derretirla. Se fueron tambaleando a la cantina, dejando que Gluck se encargara de derretirla y luego vaciarla en pequeños lingotes.

Una vez que se fueron, Gluck echó la última mirada a su querida copa que se fundía. Todo el pelo, la barba y los bigotes ya se habían derretido quedando tan sólo la carita de brillantes ojos que parecían más maliciosos que de costumbre. *"Y con sobrada razón"* pensó Gluck, *"por tratarla así"*. Sé fue a sentar muy desconsoladamente en el quicio de la ventana para respirar el aire puro de la noche y alejarse del calor del horno. Esta ventana daba directamente a

las montañas, que como ya hemos dicho, rodeaban al Valle del Tesoro y especialmente al pico de donde descendía el Río Dorado. El día llegaba a su fin y cuando Gluck se sentó en la ventana, vio los picos de las montañas púrpuras y rojizas con los colores de la puesta del sol y de entre ellas, las nubes que parecían incendiadas por los colores y el río más brillante que nunca, semejando una columna de oro puro conforme descendía despeñándose por los precipicios, formando una cascada y un arco iris de un lado a otro de la garganta, que perdía y ganaba intensidad en sus colores alternativamente con el movimiento del agua.

"¡Ay!" dijo Gluck en voz alta, después de haber contemplado el paisaje un rato, "si ese río fuera realmente todo de oro, sería maravilloso".

"No, no lo sería, Gluck", dijo una voz metálica cerca de él.

"Dios mío, ¿qué ha sido eso?" exclamó Gluck levantándose de un salto. No había nadie allí. Buscó por todo el cuarto, debajo de la mesa y detrás de sí mismo, pero desde luego que no había nadie y se volvió a sentar en el quicio de la ventana. Esta vez ya no habló en voz alta, pero volvió a pensar que sería muy conveniente que el río fuera realmente de oro.

"Desde luego que no, muchacho" dijo la misma voz más fuertemente que la vez anterior.

"¡Dios mío!", dijo Gluck nuevamente, "¿qué es eso?" Buscó y rebuscó por todos los rincones y alacenas y dio una y otra vuelta en medio del cuarto pensando que pudiera haber alguien a sus espaldas, cuando volvió a oír la misma voz. Ahora estaba cantando muy contenta:

"Lara-lira-la"; sin palabras, solamente una efervescente melodía, semejante a una olla que hierve. Gluck asomó la cabeza por la ventana. No, no era en la calle, sino que la voz estaba dentro de la habitación y enunciando las notas más rápidamente y más claras cada vez. Subió al piso de arriba y volvió a bajar. "Lara-lira-la". De repente, se le hizo a Gluck que se oía más fuerte cerca del horno. Corrió a abrirlo y sí, parecía que el sonido no solamente salía del horno, sino de la cruceta en que se derretía el oro. La destapó y del susto se fue para atrás, ya que la cruceta era la que estaba cantando. Se fue a parar al rincón más alejado de la habitación, con las manos en alto y la boca abierta. Se quedó así uno o dos minutos, cuando de repente cesó el canto y una voz clara dijo:

"Hola".

Gluck no contestó.

"Hola Gluck, muchacho mío", dijo la cruceta nuevamente.

Reuniendo todo su valor, Gluck se dirigió a la cruceta, la sacó del horno y miró dentro. El oro se había derretido todo y la superficie llana y brillante parecía un espejo pero, en vez de reflejar la cabeza de Gluck cuando éste se asomó, vio debajo de la superficie plana del oro, la nariz roja y los vivaces ojos de su antiguo amigo de la copa, mil veces más rojos y más definidos de lo que jamás antes lo hubiera visto.

"Anda Gluck, mi buen muchacho" dijo la voz de la cruceta, "estoy listo para ser vaciado".

Pero Gluck estaba demasiado atónito para moverse.

"Que me vacíes ya, te digo", dijo la voz un tanto molesta.

Gluck todavía no podía moverse.

"¿No me vas a vaciar?" dijo la voz fuertemente, "estoy demasiado acalorado".

Haciendo uso de toda su fuerza de voluntad, Gluck recobró el uso de sus extremidades, agarró la cruceta, la ladeó para vaciar el oro, pero en vez de un chorro de oro líquido, salieron primero unas piernitas amarillas muy bonitas, luego la ropa con unos brazos en jarras y, finalmente, la bien conocida cabeza de su amigo de la copa, quedando firmemente constituido sobre el piso, en la figurita de un enanito como de medio metro de alto.

-*"Eso es"* dijo el enano, estirando primero sus piernas y luego sus brazos y sacudiendo la cabeza en todas direcciones y haciendo estos ejercicios como por cinco minutos sin parar como si tratara de ver si había quedado bien formado, mientras que Gluck lo contemplaba mudo de asombro. Estaba vestido con un jubón de filigrana de oro, de tan fina hechura que brillaban colores prismáticos como si se tratara de madreperla. Su pelo y su barba descendían en rizos de oro, con tanta delicadeza que era para Gluck difícil saber dónde terminaban, pues parecían desvanecerse en el aire. Los rasgos de la cara, no eran de tanta delicadeza, sino más bien toscos, inclinándose a un color cobrizo e indicando, por su expresión, que su dueño tenía un carácter fuerte y sagaz.

Cuando el enano hubo terminado de inspeccionarse, volteó a ver a Gluck con fijeza, contemplándolo durante uno o dos minutos con sus vivaces ojos.

-*"No, no lo sería, amigo Gluck"*, dijo el hombrecillo.

Era este un modo abrupto e inconexo de iniciar una conversación. Podía suponerse que lo dicho se refiriera a los pensamientos de Gluck, que habían dado por resultado las exclamaciones del duende desde la cruceta; pero sea lo que fuere a lo que se refiriese, Gluck no se sentía con ganas de disputar lo aseverado.

-*¿No lo sería, señor?"* dijo Gluck suavemente, casi con sumisión.

-*"No"*, dijo el enano en conclusión, *"no lo sería"*.

Dicho esto, el enano prosiguió a dar dos vueltas de un metro cada una, levantando sus piernas muy alto y bajándolas fuertemente.

Esta pausa le permitió a Gluck reponerse un poco, y no viendo motivo de alarma en su diminuto visitante, la curiosidad dominó su azoro, y se atrevió a formular una pregunta con mucha delicadeza.

-*"Perdone señor,"* dijo Gluck pausadamente, *"¿era usted mi copa?"*.

Ante lo cual, el hombrecillo se volvió vivamente, caminó derecho a Gluck y se irguió en toda su corta estatura. *"Yo"*, dijo el hombrecillo, *"soy el Rey del Río Dorado"*. Comenzó a dar dos vueltas más, pero esta vez de dos metros cada una, para permitir que pasara suficiente tiempo para que la consternación producida por esta aseveración en su interlocutor, tuviera tiempo de asimilarse. Después de lo cual, volvió a caminar derecho hacia Gluck, y se quedó quieto, como esperando algún comentario sobre lo que había dicho.

Gluck pensó que sería mejor que dijera algo. *"Espero que su Majestad se encuentre bien"*, dijo Gluck.

-*¡Escúchame!"* dijo el hombrecillo, sin dignarse contestar la pregunta de Gluck. *"Soy el Rey de lo que ustedes los mortales llaman el Río Dorado. La forma bajo la cual me conociste"*

fue debido a la malicia de otro rey más fuerte y de cuyo encantamiento acabas de liberarme. Por lo que he visto de ti y tu conducta hacia tus malvados hermanos, te voy a hacer un favor, atiende entonces a lo que voy a decirte. Para aquél que escale la cumbre de la montaña de la que nace el Río Dorado y deje caer tres gotas de agua bendita en el nacimiento del río, el río se convertirá en un río de oro, únicamente para esa persona. Pero nadie que falle el primer intento, podrá intentarlo por segunda vez. Y si alguien arrojara agua que no fuera bendita en el río, el río lo conquistará y lo convertirá en una negra roca".

Después de haber dicho esto, el Rey del Río Dorado, dio la vuelta y deliberadamente entró a las llamas del horno donde era más intenso el fuego. Su figura se volvió roja, blanca, transparente, brillante y una llamarada de luz intensa surgió temblando del fuego y desapareció. El Rey del Río Dorado se había evaporado.

"¡Ay!" gritó Gluck, corriendo a la chimenea tras de él; *"¡Ay, ay, ay! ¡Mi copa, mi copa, mi copa!"*

El Rey del Río Dorado apenas acababa de desaparecer como lo relatamos en el capítulo anterior, cuando Hans y Schwartz regresaron tambaleándose de la cantina, completamente borrachos. El descubrir la pérdida total de su última pieza de oro, tuvo el efecto de que se les bajara la borrachera lo suficiente para que, entre los dos, le pegaran a Gluck cada cuarto de hora. Después de hacer esto, se dejaron caer en unas sillas y le pidieron a Gluck una explicación. Gluck les relató lo acontecido, pero, por supuesto, no le creyeron ni una palabra. Volvieron a golpearlo hasta que se les cansaron los brazos y se fueron a acostar. Cuando Gluck repitió lo acontecido a la mañana siguiente y vieron la firmeza con que se aferraba a su relato, al fin le creyeron. Entonces, los hermanos, empezaron a disputar entre ellos quién de los dos sería el primero en ir a probar su suerte, acabando por sacar sus espadas. El ruido de la lucha alarmó a los vecinos quienes, incapaces de separarlos, acabaron por ir a llamar a las autoridades.

En cuanto Hans se dio cuenta de lo que ocurría, se las arregló para escabullirse y esconderse, mientras que a Schwartz lo llevaban ante el juez, quien lo multó por alterar la paz. Pero como la noche anterior se habían gastado todo su dinero en la borrachera, lo metieron en la cárcel por no tener con qué pagar la multa.

Hans se alegró muchísimo ante el desarrollo de los acontecimientos y decidió ponerse en marcha cuanto antes hacia el Río Dorado. No sabía cómo obtener el agua bendita. Se la pidió al sacerdote, pero éste se negó a dársela, por tener tan mala fama. Entonces Hans fue a los servicios vespertinos por primera vez esa tarde, y bajo el pretexto de santiguarse, robó una copa de agua bendita y regresó triunfante a casa.

A la mañana siguiente, se levantó antes de que despuntara el sol, puso el agua bendita en una botella con tapa, dos botellas de vino y un poco de carne en una cesta, se la echó al hombro; tomó un báculo y echó a andar hacia las montañas.

Para salir del pueblo, tenía que pasar ante la cárcel y se asomó a las ventanas, encontrándose a Schwartz muy desconsolado asomado entre los barrotes.

"Buenos días, hermano", dijo Hans. *"¿Tienes algún mensaje para el Rey del Río Dorado?"*

Schwartz rechinaba los dientes de rabia, y zarandéó los barrotes con todas sus

fuerzas; Hans sólomente se rió de él, le aconsejó que se pusiera cómodo hasta que él regresara y volviéndose a echar la cesta al hombro, agitó la botella de agua bendita ante la cara de su hermano y echó a andar de excelente humor.

Era una mañana tan hermosa como para hacer la felicidad de cualquiera, aunque no fuera en busca del Río Dorado. Tenuas capas de neblina cruzaban el valle, tras de las cuales se levantaban las enormes masas de las montañas. Las faldas de las montañas lucían en una sombra gris pálido que casi se confundía con la neblina, y ascendían gradualmente hasta que recibían la luz del sol, que pintaba de encendidos colores las grietas angulosas y penetraba en rayos horizontales entre las ramas de los pinos. Más arriba se erguían torreones de roca maciza que adquirían un sinnúmero de formas fantásticas, pudiendo apreciarse aquí y allá nieve coloreada por el sol y los abismos semejando la quebrada imagen de los rayos. Todavía más allá, más tenue que la niebla matutina, puro e inalterable, dormía el cielo azul, y los últimos picos cubiertos por nieves eternas.

El Río Dorado, que nacía a mucho menos altura en un pico desnudo, estaba ahora a la sombra, excepto por el alto rocío que desprendía, subiendo cual humo lento sobre la ondulante línea de la catarata, y que flotaba en tenuas nubes acarreado por el viento matinal.

En este objeto estaban fijos los pensamientos y los ojos de Hans. Olvidándose de la Distancia que tenía que recorrer, apresuró el paso en forma imprudente, lo que acabó por cansarlo mucho antes de que hubiera remontado las faldas verdes de las montañas. Además, le sorprendió encontrarse un glaciar muy grande y cuya existencia ignoraba, a pesar de conocer mucho esas montañas, y que quedaba entre él y el nacimiento del río.

Se metió en el hielo con la entereza de un montañés. Sin embargo, no creía haber cruzado un glaciar tan extraño y tan difícil en toda su vida. El hielo era muy resbaloso y de sus abismos subían extraños ruidos de agua que corre.

No eran monótonos y suaves, sino cambiantes y estruendosos, semejantes a pasajes de una loca melodía que terminaba en tonos melancólicos o en gritos repentinos, que semejaban voces humanas presas de dolor o de angustia. El hielo estaba roto en miles de trozos de formas confusas, pero ninguna, pensó Hans, en las formas familiares. Parecía que tuvieran expresión, semejando perpetuamente rostros vivientes distorsionados y desdeñosos. Miradas de sombras engañosas y extrañas luces jugaban y flotaban entre los azulosos picos confundiendo la visión del viajero, mientras que sus oídos se ensordecían y su cabeza se aturcía con el rugir constante de las aguas ocultas.

Estas dolorosas circunstancias aumentaron conforme avanzaba. El hielo se abría y se estrellaba formando nuevos abismos a sus pies. Débiles torres caían con gran estrépito ante él. Aunque a menudo se había enfrentado a estos peligros en los glaciares más peligrosos y durante tormentas y ventiscas, fue ya con un terror bordeando en pánico que saltó el último abismo y se dejó caer tembloroso y exhausto sobre la parte segura de la montaña.

Se había visto obligado a abandonar su cesto de alimentos por haberse tornado peligroso el llevarlo a cuevas, y para refrescarse no le quedó más que romper y comer pedazos de hielo. Esto le calmó la sed, y después de una hora de descanso, se repuso su fuerte naturaleza, y acicateado por el indomable espíritu de la avaricia, reanudó su penosa caminata.

El camino subía ahora por un lomo de pelada roca, que no tenía ni una hoja de pasto que amortiguara sus pasos y carente de protuberancia alguna que le diera un poco de sombra que lo protegiera del sol del sur. Pasaba ya medio día y los rayos del sol caían sin piedad sobre el escarpado camino, mientras que toda la atmósfera se encontraba inmóvil y penetrada de calor.

Una sed intensa se sumó a la fatiga corporal que ahora le afligía. Miraba repetidas veces el frasco de agua bendita que pendía de su cintura. "Tres gotas son suficientes" pensó al fin. "Por lo menos podré mojarme los labios".

Había abierto el frasco y se lo llevaba a los labios, cuando sus ojos vieron un objeto que yacía en la roca junto a él; le pareció que se movía. Era un perrito, evidentemente en agonía por la sed. Tenía la lengua afuera, las fauces secas y las patas sin vida; se le habían subido las hormigas negras a los belfos y a la garganta. Sus ojitos miraban la botella que Hans tenía en la mano. Hans subió el frasco hasta su boca, bebió e hizo a un lado al perro con el pie. Sin poderse explicar, pensó que una extraña nube había oscurecido el azul del cielo.

La senda se hacía más pronunciada y más difícil cada vez; y el aire de la montaña, en vez de refrescarlo, parecía que le hacía hervir la sangre. El ruido de las cataratas parecía burlarse de él, ya que estaban tan distantes, y su sed aumentaba por momentos. Pasó otra hora, y nuevamente volvían sus ojos al frasco en su cintura. Ya estaba medio vacío, pero todavía tenía mucho más de tres gotas. Se detuvo para abrirlo y nuevamente creyó ver que algo se movía frente a él. Era un niño rubio que yacía casi muerto sobre las rocas. Su pecho se veía agitado, sus ojos estaban cerrados y sus labios agrietados y con fiebre por la sed intensa que padecía. Hans lo miró con frialdad, bebió y prosiguió su camino. Una gran nube gris oscureció al sol y serpenteantes sombras se extendieron por los costados de las montañas.

Hans continuó su penosa marcha. El sol se ponía, pero su descenso no parecía calmar la intensidad de sus rayos; el peso del aire enrarecido pesaba sobre su frente y su corazón, pero ya la meta estaba cerca. Avistó la catarata del Río Dorado en su nacimiento, a escasos ciento cincuenta metros encima de él. Hizo una pausa para recobrar el aliento y se dispuso a completar su tarea.

En ese instante, un leve quejido llegó a sus oídos. Dio la vuelta y vio a un anciano de pelo gris acostado en las rocas. Sus ojos estaban hundidos; sus facciones con la palidez de la muerte y con una expresión de desesperación en el rostro.

-*"¡Agua!"* suplicaba extendiendo sus brazos hacia Hans. *"¡Agua! que me muero de sed"* dijo débilmente.

-*"No tengo agua"*, replicó Hans y prosiguió su camino. Un relámpago centelleó azulado en forma de espada, sacudiendo los cielos tres veces, después de lo cual quedaron sumidos en sombras. El sol llegaba al ocaso cual esfera de fuego.

El estruendo del Río Dorado aumentaba. Hans se detuvo en la orilla del precipicio por el cual corría. Las aguas ondulantes estaban plenas del rojo atardecer, debatiéndose en las crestas cual lenguas de fuego, y chispazos de luz sanguinolenta brillaban en su espuma. El rugido de la catarata aumentaba sobre los sentidos de Hans, su cerebro no coordinaba muy bien con el estruendo prolongado. Temblando sacó el frasco de su cinturón y lo arrojó al centro del torrente. Al instante sintió que un frío helado le invadía, se bamboleó, gritó y se cayó. Las aguas se cerraron sobre su grito. El rugir del torrente subió en intensidad durante la noche conforme bordeaban una **roca negra**.

El pobrecito de Gluck esperaba ansiosamente el regreso de Hans al hogar. Viendo que no regresaba, se angustió mucho y fue a la prisión a contarle a Schwartz lo que sucedía. A Schwartz le dio mucho gusto que los acontecimientos se hubieran presentado así y dijo que seguramente Hans había sido convertido en una roca negra y que entonces el oro sería suyo. Pero Gluck estaba muy triste y lloró toda la noche. A la mañana siguiente, como no había

ya nada que comer en la casa, Gluck fue a buscar trabajo con otro fundidor de metales y trabajó tanto, tan bien y tantas horas diarias, que pronto pudo juntar lo suficiente para pagar la multa de su hermano y sacarlo de la prisión. A Schwartz le dio tanto gusto salir de tras de las rejas, que le dijo a Gluck que le daría parte del oro del río, pero Gluck solamente le rogaba que fuera a ver qué desgracia le había sucedido a Hans.

Cuando Schwartz oyó que Hans había robado el agua bendita, pensó que tal vez eso era lo que no le había parecido bien al Rey del Río Dorado, y decidió hacer mejor las cosas. Sirviéndose del dinero de Gluck, fue a ver a un mal sacerdote, quien gustosamente le vendió el agua bendita. Pensó Schwartz que así estaría todo bien. Se levantó antes del amanecer y poniendo pan y vino en una cesta y el agua bendita en un frasco, emprendió camino hacia la montaña.

Como su hermano, se sorprendió mucho al ver el glaciar y tuvo mucha dificultad para atravesarlo, aún después de haber abandonado la cesta. Era un día sin nubes pero sin brillantez; había una bruma púrpura suspendida en el cielo, y las y colinas se veían achaparradas y tristes. Conforme Schwartz ascendía las sendas rocosas, le acometió la sed, tal como le había pasado a su hermano, tuvo que llevarse el frasco a los labios para beber. Entonces vio al rubio niño yaciendo junto a él y suplicándole que le diera de beber. "*¡Agua, en verdad!*" dijo Schwartz, "*no tengo ni la mitad de lo que necesito para mí*", y prosiguió su camino.

Conforme caminaba pensó que los rayos solares se hacían tristes y vio como un banco de nubes surgían del Oeste. Después de haber escalado la montaña durante una hora más, la sed lo invadió nuevamente y de buena gana hubiera bebido, cuando vio al anciano ante su camino y escuchó cómo suplicaba que le dieran agua. "*¡Agua, en verdad!*" dijo Schwartz, "*no tengo ni la mitad de lo que necesito para mí*" y prosiguió su camino.

Nuevamente parecía que la luz disminuía ante sus ojos, y al elevar la mirada se quedó atónito al ver que una bruma de color de sangre había cubierto al sol y que la enorme nube negra estaba muy alta y sus orillas se movían inquietas, revolviéndose como olas en el mar, produciendo largas sombras que terminaban directamente encima de la ruta que llevaba Schwartz.

Después de haber caminado otra hora, le acometió la sed nuevamente; y al levantar el frasco a sus labios creyó ver a su hermano Hans yaciendo exhausto ante sí y que al mirarlo extendió los brazos en su dirección y le suplicaba que le diera agua.

-*"Ja, ja"*, rió Schwartz, "*¿con que aquí estás? ¿Recuerdas los barrotes de la prisión, hermano mío? ¡Agua en verdad! ¿Crees que la iba a acarrear hasta aquí para dártela a ti?"*

Y pasó sobre la figura inerte, pero al pasar sobre ella, le pareció ver una sonrisa burlona en sus labios. Cuando hubo caminado unos metros más, volvió la cabeza y la figura había desaparecido. Schwartz se sintió sobrecogido por el horror sin saber por qué; pero su sed por el oro prevaleció sobre su temor y apuró el paso. Y el banco de nubes negras subió hasta el cenit y rayos imponentes fulgurando, parecían flotar entre la honda negrura en todos los cielos. Por donde el sol se ponía, se veía a un mismo nivel, como si fuera un lago de sangre, y un viento fuerte arrancó fragmentos carmesí a las nubes esparciéndolas en la oscuridad. Cuando Schwartz por fin llegó a la orilla del Río Dorado, las aguas eran negras como nubes de tormenta y su espuma como fuego. El rugir de la catarata se confundió con el estruendo de los truenos, cuando aventó el frasco en la mitad de las aguas. Al hacerlo, un rayo lo deslumbró y la tierra se desmoronó bajo sus pies, cerrándose las aguas sobre su grito. El estruendo del río fue terrible durante la noche, al despeñarse sobre **dos rocas negras**.

Cuando Gluck vio que Schwartz tampoco regresaba, se puso muy triste y no supo qué hacer. Carecía de dinero y volvió a trabajar con el fundidor de oro nuevamente, quien lo hacía trabajar mucho por muy poco dinero. Después de un par de meses se cansó del trato recibido y decidió ir a probar su suerte con el Río Dorado. *"El pequeño Rey parecía muy bueno"*, pensó, *"no creo que me convierta en una roca negra"*

Fue entonces con el sacerdote, quien le dio el agua bendita en cuanto se la pidió. Puso entonces pan y agua en un cesto y muy de mañana se encaminó hacia las montañas.

Si el glaciar había causado muchas dificultades a sus hermanos, fue veinte veces peor para él, ya que no tenía la corpulencia ni la práctica necesarias para escalar montañas. Tuvo varias caídas graves, perdió su cesto y su pan, y estaba atemorizado de los ruidos raros que se oían bajo el hielo. Se quedó largo rato descansando sobre el pasto, después de encontrarse al otro lado, y comenzó el ascenso en la parte más caliente del día. Después de haber escalado durante una hora, estaba horriblemente sediento, y empezó a beber, como sus hermanos, cuando vio a un anciano que descendía en su dirección, de aspecto muy débil y recargándose en un báculo.

"Hijo mío" dijo el anciano, *"me siento morir de sed, dame un poco de esa agua"*. Gluck vio que el anciano estaba pálido y sumamente cansado y le dio el agua.

"Por favor no se la acabe toda" dijo Gluck. Pero el anciano bebió largo rato y le entregó el frasco vacío en sus dos terceras partes. Le deseó un buen viaje, y Gluck echó a andar contento. Y la senda se hizo más fácil a sus pies, unas cuantas hojitas de pasto aparecieron a su paso y unos cuantos grillos empezaron a cantar junto a él y Gluck pensó que jamás había escuchado un canto más alegre.

Después de haber caminado otra hora, sintió que había aumentado tanto su sed, que se vería obligado a beber nuevamente. Pero, al ir a subir el frasco a su boca, vio a un niño jadeante en el camino, llorando desconsoladamente por la falta de agua. Gluck luchó consigo mismo, decidiendo soportar la sed un rato más, y poniendo el frasco en los labios del niño, bebió éste casi toda el agua, excepto unas cuantas gotas. Le regaló entonces una sonrisa y poniéndose de pie corrió ladera abajo. Gluck se quedó mirando como se alejaba hasta que se volvió tan pequeño como una estrella; se dio la vuelta y siguió subiendo. Vio entonces toda clase de olorosas flores creciendo entre las rocas, así como musgos verdes relucientes, con florecitas estrelladas color de rosa, bellas campánulas más azules que el cielo más azul y lirios blanco translúcidos. Mariposas carmesí y púrpura revoloteaban por doquier, y el cielo enviaba una luz tan pura, que Gluck jamás se había sentido tan feliz en toda su vida.

Después de haber escalado durante otra hora, su sed se había vuelto intolerable, pero cuando vio la botella, vio que sólo quedaban en ella cinco o seis gotas, y no podía arriesgarse a beber. Al irse a sujetar el frasco al cinturón vio a un perrito luchando por respirar, tal y como lo había visto Hans el día que había ido en busca del oro. Gluck se detuvo junto al animalito y luego volteó a ver el Río Dorado, a sólo quinientos metros de él. Recordó las palabras del enano de que *"nadie podría tener éxito más que al primer intento"* y trató de ignorar al perrito, pero éste se quejaba tristemente y Gluck se detuvo nuevamente. *"Pobrecito animalito"* dijo Gluck, *"ya estará muerto a mi regreso si no lo ayudo ahora."*

Los ojos del perrito imploraban piedad, y Gluck sin poder contenerse, dijo:

"Al diablo con el Rey y con su Río de Oro"

Abriendo el frasco vació la poca agua que en él quedaba en el hocico del perrito.

El perrito se puso de pie. Su cola empezó a desaparecer, sus orejas a crecer y a tornarse rubias y sedosas, su nariz a hacerse roja, y sus ojos muy traviesos. En tres segundos había desaparecido el perrito, y ante él estaba su viejo amigo, el Rey del Río Dorado.

-*"Gracias"*, dijo el monarca. *"No te asustes, pues todo está muy bien"* ya que Gluck daba muestras de estar consternado.

-*"¿Por qué no habías venido antes?"* continuó el enano, *"en vez de mandarme a tus malvados hermanos y tener que haberlos convertido en rocas. Se convirtieron en unas rocas muy duras y muy negras"*.

-*"Por favor"*, dijo Gluck *"¿Cómo pudo ser tan cruel?"*

"¿Cruel?" dijo el enano, *"arrojaron agua no bendita en mi cauce, ¿crees que podría tolerar semejante cosa?"*

-*"Ellos obtuvieron el agua de la iglesia señor, quiero decir, Majestad"*.

-*"Es muy probable que así lo hicieran, pero"*, añadió el enano poniéndose muy serio, *"el agua rehusada a los agotados y moribundos deja de ser bendita, aunque haya sido bendecida por todos los santos del cielo; en cambio, el agua que se encuentra como vehículo de la piedad es bendita aunque tenga cadáveres en ella"*.

Y así diciendo, el enano se agachó a cortar una azucena que crecía a sus pies. En sus hojas había tres claras gotas de rocío que el enano vertió en el frasco que Gluck tenía en la mano.

-*"Echa esto en el río"* dijo el enano, *"y baja las montañas hacia el Valle del Tesoro. Que tengas buen viaje"*.

Conforme hablaba, la figura del enano iba desapareciendo. El juego de colores de su indumentaria se había tornado en una niebla de colores prismáticos nebulosos; se vio por un instante cubierto con ellos como si tuviera un ancho cinturón de un gran arco iris. Los colores se debilitaron, la bruma se elevó en el aire y el monarca había desaparecido.

Entonces Gluck subió hasta la orilla del Río Dorado y sus aguas eran tan límpidas como el cristal y tan brillantes como el sol. Cuando arrojó las tres gotas de rocío en su cauce, se formó, en donde cayeron, un pequeño remolino por donde descendieron las aguas con musical sonido.

Gluck se quedó observando un rato, muy desilusionado, pues no sólo sus aguas no se habían vuelto de oro, sino que su caudal había disminuido mucho. Sin embargo, obedeció en lo que le había dicho su amigo, el enano, y descendió del otro lado de las montañas hacia el Valle del Tesoro; conforme caminaba oía el ruido del agua que se abría paso bajo la tierra.

Y cuando por fin llegó al Valle del Tesoro, se admiró de ver un río semejante al Río Dorado despeñarse de una nueva grieta en las altas rocas y corriendo en innumerables arroyos entre los montones de arena roja.

Vio Gluck cómo brotaba el pasto junto a los nuevos arroyos, y cómo crecían enredaderas entre el suelo humedecido. Frescas flores se abrieron en las riberas, tal como estrellas brotan del cielo cuando cae la noche, y macizos de mirtos y tiernas viñas proyectaban sus sombras en el valle conforme crecían. Entonces el Valle del Tesoro se convirtió en un jardín nuevamente, y su heredad, que se había perdido por la crueldad, había sido recobrada por el amor.

Y se fue Gluck y vivió en el valle, y los pobres jamás se fueron con las manos vacías de sus puertas, y sus graneros se llenaron de maíz y su casa de tesoros. Y para él, conforme la promesa del enano, el río se había convertido en un Río de Oro.

Y hasta la fecha, los habitantes del valle señalan el lugar donde tres gotas de rocío bendito fueron arrojadas en el cauce del río, que cambió su curso bajo tierra para resurgir en el Valle del Tesoro, y todavía pueden verse dos negras rocas, alrededor de las cuales las aguas mugen tristemente a diario a la puesta del sol. A estas rocas se las conoce por el nombre de los **hermanos negros**.

Aportación de Samanta Rey T.